

Mundo— y que se caracterizan por una calidad literaria superior a la de las interpolaciones singulares del editor, antes mencionadas y consistentes en repeticiones, divagaciones y frases hechas. Aun así, Crosby considera que Quevedo no debió de restaurar tales saltos, porque, de haberlo hecho, habría detectado los graves defectos que contiene el impreso, por ejemplo la interpolación de pasajes apócrifos. Señala, en este sentido, que se trata de posibles fragmentos «auténticos», procedentes de versiones perdidas antes de la copia de los manuscritos existentes y los arquetipos.

Los tres restantes se concentran en *Infierno*, y el más extenso de ellos, constituido por 127 palabras, está integrado en una enorme interpolación apócrifa de 750 palabras, un discurso sobre la inmortalidad del alma, llamativo tanto por el género como por la erudición, la claridad verbal y la agilidad conceptual de quien lo redactó. El hecho de que figure sólo en la primera edición permite afirmar que su interpolación se produjo en una fase tardía de la historia de la transmisión textual de los *Sueños*. Amparándose en el especial interés que Quevedo mostró por el tema de la inmortalidad del alma —por ejemplo, más tarde, en *Providencia de Dios*— y en lo extraña que resulta la coincidencia entre sus intereses espirituales y un pasaje singularmente intelectual, ajeno al carácter de la obra, Crosby concluye apuntando la sugerente hipótesis de que podría tratarse de una variante de autor, de que el escritor podría haber estado detrás de la redacción de ese párrafo. Sugerencia apoyada en los indicios textuales rastreados en tan compleja red de testimonios, manuscritos e impresos del siglo XVII, pero no afirmación tajante, porque, a falta de certeza absoluta, prefiere reconocer que no puede afirmar que «ninguna otra persona en España fuera capaz de redactar dicho párrafo, como por ejemplo algún amigo de Quevedo que sabía que le interesaba el tema».

Esta monografía ofrece a los estudiosos de Quevedo argumentos sólidos para seguir profundizando en la necesaria fijación de un texto fidedigno de los *Sueños*, un texto que enmienda pasajes deturpados de la primera edición, de 1627, con el apoyo de lecturas presentes en los manuscritos más fiables conservados de cada una de las cinco obras. En suma, una invitación para acercarse más a unos testimonios de los que aún no ha sido posible extraer toda la riqueza textual que atesoran.

María José ALONSO VELOSO

Fernández Mosquera, Santiago, *Quevedo: reescritura e intertextualidad*, Madrid, Biblioteca nueva, 2005, 222 pp.

Estamos ante un estudio cuyo título es perfectamente indicativo de su contenido: propone una aproximación a la obra de Francisco de Quevedo mediante el descubrimiento de las huellas que dejan en sus escritos dos prácticas muy recurrentes como la intertextualidad y la

reescritura. La primera, entendida como recepción activa de fuentes y manipulación de las mismas mediante la selección de partes y la adaptación a un discurso en un nuevo enunciado, marca el uso de la erudición por el autor en su invención (como ya en su día expuso Sagrario López Poza en un trabajo de *La Perinola*); pero son más bien la elocución y la disposición las partes de la retórica de las que se ocupa Santiago Fernández Mosquera en este libro, tanto desde este enfoque de analizar el elemento intertextual como el muy relacionado de la reescritura. Concretamente la de sí mismo, o «autorreescritura», así la denomina el autor, que no se aplica meramente en el terreno de la *elocutio*, pues una observación cuidadosa como la presente permite reparar en los cambios de estructura que afectan más bien a la *dispositio* y que son más relevantes a menudo para descodificar los textos.

La autorreferencialidad de Quevedo en su producción es un rasgo comúnmente señalado en diversos trabajos desde hace décadas (como la «ideología intergenérica» que Ettinghausen denominó tan ilustrativamente), pero el autor de esta monografía también ha venido investigando en la definición de unos patrones y mecanismos recurrentes en este sentido durante varios años. El presente volumen es una recopilación integrada de diversos trabajos que se han ido publicando entre 1994 y 2004. Toda una década de actividad cuyos resultados encontramos plasmados en un estudio literario de Quevedo que los ha ordenado en una madura y cerrada reflexión. No es, pues, un enfoque novedoso en absoluto; pero aquí se ha sistematizado y se propone con mayor firmeza como modelo de análisis.

Tres capítulos —los dos primeros y el cuarto—, de carácter más metodológico y teórico, flanquean un núcleo de varios casos concretos de la creación quevediana que orbitan alrededor de la *Execración por la fe católica contra los judíos*, y que constituyen el largo capítulo tercero. Primeramente, tres sonetos morales con base circunstancial y no en fuente literaria, sobre el incendio de la plaza mayor madrileña y la tormenta en el puerto de Cádiz que causó un naufragio en la flota de Indias; los dos hechos están recogidos en la *Execración* y su presencia en la producción poética tiene una evolución que, basándose en los datos que el tratamiento retórico del tema muestra, permiten ensayar una estimación cronológica. A continuación, un extenso análisis de la Biblia como fuente en tres elementos que aparecen reescritos en varias obras del autor: las piedras, el demonio Behemoth y el milagro de la burra de Balaam. El repaso que se hace de los escritos de Quevedo y la presencia de las piedras —campo léxico que origina un enorme universo conceptual y metafórico— es muestra de «una obra convertida casi en un pedregal» (106), en la que aunque se da en todo tipo de lugares el tratamiento más rico está «en el ámbito de la literatura religiosa» (91); así lo demuestran los innumerables ejemplos aducidos de reescrituras y distintas utilidades de la piedra en estos contextos, tanto en prosa como en verso, y con fuentes bíblicas heterogéneas. Los lexemas pétreos engarzan en

verdad muchas muestras y muy variadas creaciones del polígrafo Quevedo; así son un eficaz hallazgo de Fernández Mosquera para descubrir solo una veta —obsesiva, podría decirse— de esa compacta red de reescrituras, entramado de conceptos que, contemplado globalmente, nos dibuja mejor el perfil del escritor, nos permite leerlo con mucho menor desconcierto y, en definitiva, aproximarnos a él con mayor comprensión. Es sin duda la Biblia un excelente punto de partida para ensayar estos análisis, y los casos de Behemoth y Balaam así lo atestiguan también. En el primero, la descripción del demonio en el libro de Job se parafrasea y sintetiza en catorce endecasílabos mediante procedimientos retóricos de la *elocutio* muy concretos —el *ornatus*, con especial importancia de la figura de descripción conocida como *evidentia*, y de la *compositio*— que difieren notoriamente del tratamiento que a esta fuente se da en la *Execración*. En el segundo, el milagro de la asna parlante que se encuentra en el libro de los *Números*, tan difundido desde el medievo y transformado desde un tratamiento teológico hasta uno burlesco en su devenir intertextual ya en tiempos de Quevedo, es también acogido en la *Execración* y en un soneto con una lectura en ambos casos de significado político. Por último, una comparación de la *Execración* con un texto coetáneo de Paravicino que arroja resultados provechosos en el terreno de la intertextualidad: dos textos —un memorial como el de Quevedo y un sermón como el de fray Hortensio— que no fueron fuente uno de otro, pero que presentan semejanzas muy sugerentes y diferencias en el tratamiento que resaltan la particular concepción quevediana de la escritura y que anticipan el análisis del capítulo cuarto y último de este libro.

Así pues, el establecimiento de los dos conceptos para el estudio —reescritura e intertextualidad—, y las consideraciones sobre la permeabilidad entre los géneros literarios y su utilización, dan como resultado lo que el autor llama aquí «la escritura interesada», esto es, una forma de concebir la escritura marcada por la ideología y por la argumentación en un terreno que desemboca siempre en lo esencialmente religioso, moral y político. De este modo, el sermón, que tan certeramente adivinase bajo las máscaras de un predicador Lida, marca, entre otras obras de Quevedo, el *Job*, *La caída para levantarse*, la *Execración* y la producción poética de índole religiosa y moral. El tratado o discurso y el memorial encubren asimismo escrituras más complejas y menos ortodoxas.

En efecto: como el autor ingeniosamente dice, Quevedo «predica en los tratados, sermonea en los discursos, discurrea en los memoriales y tratadea en las prédicas. Sus tratados son sermones, sus memoriales amonestaciones, sus homilias discursos» (178-179, 193). Las máscaras distorsionan los géneros simplificando en realidad y en otro sentido la «dilatada y compleja literatura» que Borges veía (muy atinadamente, por otra parte) en el escritor. Un lector abarcador de la obra de Quevedo encuentra elementos textuales comunes en lugares tan dispares como la poesía grave y la satírica, la prosa ascética, el teatro, los tratados, memoriales y discursos morales y las obras políticas, las menipeas, las de cir-

cunstancias o las festivas. Las ediciones anotadas de cualquier obra del autor, y en especial las más recientes, lo acreditan, pues estas reescrituras son a menudo claves para el tratamiento hermenéutico. Sin duda acierta cuando afirma Fernández Mosquera que la «reescritura intergenérica» es el rasgo más genuino de la labor escritora de Quevedo. Asimismo atina cuando repara en que en la autorreescritura de nuestro autor se halla probablemente la explicación de las tan abordadas «contradicciones» que se encuentran, supuestamente, en sus textos y que tanto han marcado la aventura crítica; ello es más claro cuando se llega a la conclusión de que Quevedo «pone su ideología al servicio de su pluma y no al revés» (181). La desorientación inicial del lector y el crítico, motivada a menudo por las confusas etiquetas que el propio Quevedo asigna a sus escritos, es otro rasgo que se revela valioso. En el cuarto y último capítulo del libro se explica esta falta de decoro en la literaturización que imprime a los discursos desacralizándolos —en la mezcla de géneros— también como clave de lectura de las pullas y libelos de los detractores y enemigos de Quevedo en el memorial de Pacheco, en los *Peregrinos discursos*, en las censuras adversas o en la gran obra antiquevediana, el *Tribunal de la justa venganza*, firmada por el anónimo Licenciado Arnaldo de Francofurt. Y también, claro, de sus venturas y desventuras con el poder establecido, motivadas no tanto por su voluntad de disidencia como por su personal nuevo manejo de los moldes: en su cultivo del sermón, el tratado y el memorial, bajo una apariencia especuladora hay un contenido persuasivo; la máscara —la postura retórica— es falaz. Poética. Literaria. Y convence, lo que la hace peligrosa, pues lleva a la escritura, al «cómo lo dice», ese mundo al revés que marca sus sátiras y que resulta más subversivo que «lo que dice». Este capítulo contiene la adaptación de un trabajo que ha marcado esta lectura de Quevedo desde hace siete años; a pesar de ello resulta enormemente apropiada como conclusión del libro.

Quevedo: reescritura e intertextualidad no es, como bien expresa su autor en el primer capítulo (20-21) una plantilla para el análisis de la obra de Quevedo; pero sirve muy bien como espléndido modelo de estudio. Facilita una base necesaria que bien podrá contribuir a la apertura de una línea más amplia de investigaciones. Esta perspectiva es eficaz y será deseable trabajar desde ella sobre otras muestras de la producción quevediana, y con afán abarcador; sin duda, es un enfoque que atesora fructíferas sorpresas y cabe esperar que este trabajo sirva de acicate para que otros también hagan uso de él en su tarea de aprehender a Quevedo y a sus escritos.

Miguel MARAÑÓN RIPOLL